

NATURA

EL MUNDO

CLIMA Julio y agosto han registrado fenómenos extremos a nivel mundial y el calor ha puesto 'patas arriba' al planeta

PÁGINAS 8 Y 9

AVENTURA Jóvenes de 50 países recorren América y España junto con Miguel de la Quadra en la Ruta Quetzal-BBVA

PÁGINA 14

VIAJE Punta del Diablo: una búsqueda del paraíso terrenal en un rincón de Uruguay, de la mano de la escritora Cristina Peri Rossi

PÁGINA 16



OCÉANOS

Presentan los resultados del mayor censo de vida marina

Nunca se había llevado a cabo un intento tan ambicioso por catalogar la biodiversidad que albergan los mares. El proyecto Census of Marine Life aúna los esfuerzos de decenas de equipos científicos de todo el mundo. Hasta 2010, centenares de expertos explorarán los océanos del globo, desde las aguas costeras y superficiales hasta los fondos abisales. Los primeros resultados se han presentado ya y muestran miles de nuevas especies, muchas de ellas de aspecto asombroso. / PÁGINA 10

VIDA SANA

INFANCIA ECOLÓGICA

Los padres buscan productos 'verdes' para sus hijos



Cada vez más padres se intentan apuntar a un modelo en auge en Europa: el de los bebés ecológicos. Productos contaminantes como los pañales se sustituyen por otros de tela orgánica reutilizable, pero no a la antigua usanza, sino adaptados a los tiempos modernos. Ya sean juguetes, ropa, mantas, alimentos, cremas o muñecos, los productos de los niños 'verdes' están pensados para cuidar su salud y la del planeta. / PÁGINAS 20 Y 21



ULISES

➔ ¡ALTO EL FUEGO! Galicia sufre la mitad de los incendios que se declaran en España cada año

Los expertos dicen que no arden bosques verdaderos, sino cultivos forestales que deben gestionarse mejor

A comienzos de agosto, era imposible ver el cielo desde muchas playas de la costa gallega. El humo de los incendios cegó a los veraneantes, alarmó a toda España y ofuscó a los políticos, quienes se enzarzaron en una guerra de declaraciones y de atribución de responsabilidades. No fue un fenómeno nuevo, pues Galicia sufre

desde hace años la mitad de los incendios de España y, tras cada oleada, se alimenta el debate sobre las presuntas tramas y manos ocultas que prenden la mecha.

NATURA ha consultado a expertos del sector forestal gallego para averiguar el motivo de que arda una de las regiones más verdes de España. La mayoría coinci-

de en que la mala gestión de los cultivos de árboles de crecimiento rápido, que ocupan gran parte del territorio, sienta las bases de un desastre anunciado. Los entendidos piden una nueva política forestal que trate de restaurar la vegetación original y ponga orden en las plantaciones comerciales actuales. / PÁGINAS 2 A 6

¡ALTO EL FUEGO! → LAS CAUSAS



Dos miembros de los servicios de extinción trabajan para controlar el fuego cerca de la localidad pontevedresa de Caldas, en una imagen tomada el pasado 10 de agosto. / EFE

¿POR QUÉ ARDE GALICIA?

La mala gestión del territorio y de los cultivos forestales anima las llamas

PEDRO CÁCERES
Galicia/Madrid

Los que están acostumbrados a manejar las estadísticas de incendios en España no se han sorprendido con el número de fuegos ocurridos en Galicia este verano. Porque lo habitual es que Galicia arda, que arda mucho y que lo haga muy por encima de la media. Es la comunidad autónoma que más incendios registra. La cifra iguala desde hace una década a la del resto del país. Como ejemplo, en 2004, se declararon en Galicia 10.618 de los 21.394 siniestros de España. El 49% del total, un porcentaje que no se corresponde ni con las condiciones geográficas —una de las regiones más húmedas— ni con su superficie, que es el 5,8% del Estado.

Si la comunidad gallega había evitado hasta ahora pulverizar también todos los récords en cuanto a hectáreas quemadas es porque lleva a cabo una inversión gigantesca para combatir el fuego. Galicia presupuestó en 2006 unos 70 millones de euros contra los incendios, los mismos que gasta Castilla y León, que la triplica en tamaño, y tres veces más dinero que Cataluña, que la iguala en su-

perficie. Según los expertos, es una inversión necesaria para evitar males mayores, pero que resulta inútil para erradicar las llamas. Porque con una política centrada en la extinción, lo único que no para de crecer son los incendios.

Con los rescoldos negros de este verano aún presentes, la biodiversidad castigada por un nuevo mazazo y una tierra expuesta a la erosión de las lluvias, todos los sectores implicados coinciden en que la política llevada a cabo hasta

ahora, basada en la lucha contra las llamas y apenas en la prevención, no sirve para atajar la raíz del mal. Y piden un gran pacto a todos los niveles para redirigir la gestión forestal, en la que ven la clave estructural del problema.

Se trataría de buscar el motivo de base de los incendios, porque en lo epidérmico cada interlocutor señala a uno u otro autor del acto de prender la llama. Tal y como lo apunta la rumorología popular, y sin que esta lista sea ninguna carta de acusación formal, son: los madereros, los especuladores del suelo, los agricultores, los ganaderos, los cazadores, las personas con ganas de dañar a otra, los perturbados, los que cobran por apagar el fuego, los que trabajan en los montes tras los fuegos, los narcotraficantes que despistan a la policía, los contrincantes políticos del partido de turno en el poder... es decir: todo el mundo. Demasiados presuntos implicados como para no intentar buscar una causa estructural que provoque que el monte arda tanto.

Por ello, antes de preguntarse «quién quema Galicia» hay que plantearse «por qué arde». Y ahí coinciden muchas voces: el abandono del medio rural y de los usos

tradicionales del campo, la mala ordenación del territorio, los cultivos masivos de árboles de crecimiento rápido y la mala gestión de esas plantaciones son parte fundamental de que Galicia se haya convertido en un polvorín. Y sobre ese polvorín fruto del desorden actúan causas sociológicas y un cúmulo de intereses particulares.

No es del todo sabido que Galicia es una de las regiones con más terreno de uso forestal de España: un 68,9%, en comparación con la media estatal, que está en el 51,9%. Y tampoco que la mayor parte está ocupada por plantaciones comerciales de especies como el eucalipto australiano o el pino resinero, que se ha extendido mucho más allá de su distribución natural.

Según datos de la Consellería de Medio Rural, el 73% del monte arbolado gallego está compuesto por pinos, eucaliptos o por una mezcla de pinos y eucaliptos con otras especies. Los árboles de hoja caduca originales sólo ocupan el 27%. El resto son «cultivos forestales y no bosques», como comenta Fernando Prieto, doctor en Ecología. En el año 2002, últimos

datos del Instituto Nacional de Estadística, Galicia produjo el 66% de toda la madera de eucalipto de España y el 38,4% de toda la madera de pino. La industria gallega de la madera factura cada año 1.330 millones de euros, genera unos 50.000 empleos y supone el 4% del PIB gallego, según fuentes del sector forestal.

Tampoco se tiene en cuenta que la propiedad de la tierra en Galicia está muy fragmentada. Sólo el 2% del territorio es público. Un 68% pertenece a particulares y un 30% son montes vecinales, una forma de propiedad colectiva poco ex-

La mitad de los siniestros declarados en España cada año ocurren en la comunidad gallega

tendida en España. Unos 670.000 propietarios privados poseen 1.200.000 hectáreas.

Son pequeños minifundios que, desde mediados del siglo XX, han ido dedicándose al monocultivo forestal de especies de rápido crecimiento. Árboles que dan escaso valor añadido porque generan madera de poca calidad destinada en buena parte a la pasta de papel —el eucalipto— o las astillas para aglomerado —los pinos—.

Para muchos gallegos, como dice José Luis Baleato, de la Federación Ecoloxista Galega (FEG), su pequeño terreno sembrado de árboles es una «cuenta de ahorros». Un valor a plazo fijo —unos 15 años el turno de corta— que guardan a la espera de recolectar.

Este tipo de cultivo forestal ha cambiado la relación del paisano con el monte, que ahora no está tan encima de él como cuando la siembra o el ganado eran la base de la subsistencia. Y también ha cambiado el paisaje, dominado por los árboles y el matorral, que se han extendido sobre terrenos

LA MOTIVACIÓN DE LOS FUEGOS EN ESPAÑA

● LAS CAUSAS

El 95%, culpa del hombre.

Las mejores fuentes para conocer las causas de los incendios en España son las estadísticas del Ministerio de Medio Ambiente y el amplio informe anual que presenta WWF-Adena. Según estos datos, de los 20.000 incendios de promedio que sufre España cada año sólo un 5% son por causa natural como el rayo. El otro 95% es atribuible al hombre, ya sea por negligencia o de forma

intencionada. El principal problema es que, en realidad, de ese 95% de fuegos obra del hombre se desconoce el motivo en la mitad de los casos, lo que impide tener un cuadro real de la situación.

Se ignora el motivo.

Partiendo de que se ignora la motivación de la mitad de los fuegos provocados, entre las causas conocidas como negligencias están las quemaduras agrícolas para eliminar residuos y los fuegos para

crear pastos ganaderos, las chispas de maquinaria o tendidos eléctricos, las colillas y las barbacoas. El resto, intencionados, son un misterio.

Impunidad del culpable.

El Código Penal es duro con los que queman el monte. No se trata de endurecer las penas, sino de encontrar al autor, pues son pocos los detenidos. La reciente creación de la Fiscalía de Medio Ambiente puede agilizar la persecución de los incendiarios.

PRIMER PLANO

¡ALTO EL FUEGO! → LAS CAUSAS

agrarios y ganaderos abandonados. El desorden urbanístico ha hecho también que muchas nuevas construcciones se levanten peligrosamente junto a esas plantaciones.

Según explica Javier Montalvo, profesor de Ecología de la Universidad de Vigo, el predominio actual del árbol data de mediados del siglo XX, cuando la política auspiciada por la Administración fue reemplazando el mosaico de prados, sembrados y pequeños parches de bosque autóctono que existía en Galicia. Esta evolución, explica Montalvo, transformó el valor del monte desde la multifuncionalidad de servicios que aportaba el sistema tradicional en forma de cultivos, frutos, leñas y pasto hacia el único rédito de la corta de madera.

En medio siglo, el mosaico gallego ha dado paso a decenas de miles de hectáreas de plantaciones forestales en hilera, con gran densidad de ejemplares y con árboles exóticos que arden más fácilmente que los del bosque atlántico primigenio. Áreas con mucha biomasa acumulada por falta de limpieza, sin discontinuidades que frenen el fuego. Venancio Miniño, experto en extinción, considera que muchos montes son «polvorines» y que una vez que la llama prende en ellos es muy difícil apagarlos.

FALTA DE CUIDADOS

En ello influye el que muchas veces nadie limpie el denso matorral de helechos, retamas y tojos que prospera bajo los árboles. Es un círculo vicioso: con rendimientos bajos y pocas hectáreas por propietario, no es rentable cuidar los cultivos forestales. Al mismo tiempo, si alguien quisiera hacerlo, se encontraría con los incendios, que son algo endémico en Galicia: «¿Quién va a invertir en el monte si sabe que puede arder?», se pregunta Oscar Freire, del grupo ecologista gallego Verdegaia. Porque el fuego no distingue lindes.

Francisco Fernández de Ana, de la Sociedad Forestal de Galicia, entidad que agrupa a centenares de pequeños propietarios, cree que «para mantener el monte limpio, éste debe ser rentable, porque en caso contrario no se invierte en cuidarlo, y si no se cuida es más fácil que arda». Pero la rentabilidad de algunas plantaciones es mínima: una hectárea media de eucaliptos produce, cuando se corta, al cabo de 15 años, 6.300 euros con precios actuales. Y de ahí hay que descontar la inversión de unos 1.500 euros de la plantación inicial más otros 1.500 de mantenimiento.

Según Juan Picos, de la asociación Monte Industria, que agrupa a las empresas más importantes de la madera, en Galicia «no es que haga falta una nueva política forestal, es que hace falta tener una política, porque no la ha habido». Picos cree que pese a la importancia económica del sector y su potencial futuro, faltan criterios modernos de gestión, de dinamización económica y de incentivos de la Administración: «Estamos todavía en una prehistoria forestal». Y en ese diagnóstico coincide con los propietarios, los ecologistas y los estudiosos del medio: Galicia decidió hace décadas dejar de ser agrícola y cultivar árboles, pero nadie organizó esa transición ni ordenó la gestión de un monocultivo que es muy vulnerable al fuego y que es... caótico.

Miguel Ángel Zavala, ingeniero de montes con larga experiencia en Galicia, opina que «el monte productivo es un caos». «La estructura minifun-



Imagen de la NASA del 7 de agosto con el humo de los incendios cubriendo el Atlántico. / REUTERS

dista de la propiedad y la falta de cultura de gestión genera un desapego letal con los recursos», afirma.

«A partir de los 60 no se hicieron políticas para el campo», explica el ecologista Freire: «El envejecimiento de la población y el despoblamiento fueron aparejados con el surgir de grandes masas continuas de árboles muy combustibles». Según Miguel Ángel Soto, responsable forestal de Greenpeace, el monte gallego actual es un «paisaje transformado», que ha perdido diversidad biológica y de usos económicos y que es «vulnerable al fuego». «Se ha convertido en el cóctel ideal para las llamas, que son expresión de descontentos, venganzas, resentimientos, necesidades y enfermedades sociales», afirma.

Porque aquí entra en juego otra clave, que es la llamada *cultura del fuego*. «La llama siempre ha sido una herramienta para despejar el matorral para el ganado o para limpiar las tierras de cultivo», dice José Luis Balearo, de FEG. «Son parte de la cultura gallega», concluye. Lo que ha cambiado es el contexto: con un pai-

saje en mosaico y una población ligada al monte, los errores en el manejo del fuego no iban a mayores. Ahora, con Galicia convertida en un campo de gasolina arbórea mal cuidada, estos usos agrícolas y ganaderos son nefastos. Pero son sólo una parte de las causas comprobadas. Hay muchos más incendios intencionados cuya motivación y autor se ignoran.

Para los ecologistas, los montes arden porque están masificados con especies exóticas combustibles y están mal cuidados. Dejarían de arder si se restaura un paisaje más equilibrado. Según los actores del sector forestal, eso no es esencial, «porque arde todo, lo que está bien cuidado y lo que no». El debate sobre el tipo de monte que debe tener Galicia y cómo cuidarlo es fundamental: tal y como está hoy es un polvorín. Pero, además, hay personas que le prenden fuego. Lo hacen 10.000 veces al año en 10.000 sitios distintos, la mitad de los fuegos de toda España. Y ahí coinciden todos, esté como esté el monte, hay que capturar a los incendiarios y ponerlos ante el juez.

GANADO Y CULTIVOS

Malos usos en el campo. De forma tradicional, los ganaderos han quemado los matorrales para generar nuevos brotes. La Administración puede prohibir el pastoreo en zonas quemadas, lo que evitaría la tentación. No obstante, las quemadas de pastos son el 20% de las causas conocidas y probadas de incendios en Galicia, según el informe de 2005 de WWF-Adena. Las quemadas agrícolas suponen otro 40% de las causas conocidas y demostradas. Ambos casos suman unos 4.000 fuegos al año. Pero el problema es que son sólo una parte del total. Hay otros 4.000 de los 10.000 fuegos que sufre Galicia cada año cuyo origen se desconoce, aunque sí se sabe una cosa: que son provocados.

MADEREROS

Los precios bajan pero la industria pierde. El rumor popular apunta a menudo hacia los comerciantes y la industria de la madera, debido a que los árboles quemados pierden valor aunque siguen sirviendo para usos como la pasta de papel o el conglomerado. Además, el exceso de madera quemada tras los incendios hace que baje el mercado de la madera sin quemar. Sin embargo, hasta los propietarios afectados defienden al sector forestal, pues opinan que prefiere un abastecimiento regular, seguro y de calidad. La industria afirma que la madera quemada es molesta de extraer y de tratar. Se ha ofrecido algunos años a comprarla al mismo precio que la verde para alejar dudas sobre su comportamiento.

ESPECULACIÓN

Legislación burlable. La nueva Ley de Montes impide urbanizar durante 30 años los terrenos forestales que hayan ardo, pero nada dice la ley de los terrenos agrícolas o de otro tipo. Y, precisamente, ciertos terrenos gallegos arbolados figuran todavía como agrícolas. Sin embargo, los expertos creen que estas causas no valen tanto para Galicia como para otras zonas de España. No existen casos probados de esta motivación.

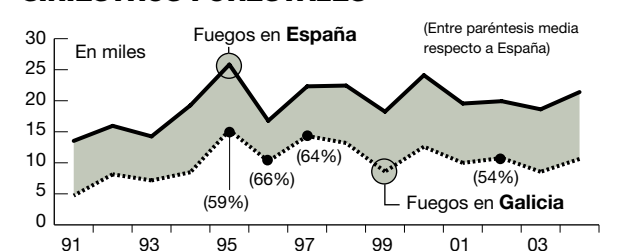


EFE

VENGANZAS

La lumbre para hacer daño. Disputas por la lindes, por no querer vender una finca o por rescindir un contrato de uso del terreno, venganzas personales por cualquier motivo diario... En una tierra donde cientos de miles de personas son propietarias de montes, prender fuego a la finca sería un método fácil de agresión. Lo ponen todos los estudiosos del fenómeno como una motivación oculta de los incendios en Galicia. Probarlo es difícil, dicen: «nadie denuncia a nadie», «hay un código de silencio en el mundo rural», «la Administración no se ha volcado en la persecución», «es difícil aportar pruebas»...

SINIESTROS FORESTALES



FUENTE: Ministerio de Medio Ambiente.

MZ / EL MUNDO

TRABAJO Y DINERO

La industria del fuego. Hay unas supuestas causas englobadas bajo lo que se da en llamar la *industria del fuego*. Con las decenas de millones de euros que gasta la Administración en apagar incendios y en actuar tras ellos, el monte quemado genera un gran flujo económico. En él se incluiría el alquiler y compra de maquinaria y el pago de quienes extinguen, restauran y repueblan. «Es perverso que el fuego dé dinero, pero es así», se dice. Hay más de un caso de miembros de retenes detenidos por prender fuego, pero muchos lamentan que por culpa de ellos se apunte a un colectivo con un trabajo de riesgo.

¡ALTO EL FUEGO! → LOS BOSQUES

ANÁLISIS

¿UNA GALICIA CON CANGUROS?

Árboles exóticos y de fácil combustión como el eucalipto australiano dominan el monte

PEDRO CÁCERES

Al principio de agosto, en lo más crudo de los incendios en Galicia, un vecino llamaba a una radio para denunciar lo que a su entender era una de las claves de la catástrofe: «Han sembrado los montes de árboles de dinero rápido y lumbre fácil». ¿Qué quería decir con esto?

Pues lo que muchos critican en Galicia y en el resto del España: que gran parte del territorio no está tapizado de bosques auténticos, sino de apretadas plantaciones de especies comerciales con poca biodiversidad y propensas a los fuegos. Más del 70% de la superficie forestal gallega está poblada por el eucalipto azul australiano (*Eucalyptus globulus*) y pinos como el de Monterrey (*Pinus radiata*), originario de California y usado en todo el mundo por su rápido crecimiento. Otros pinos peninsulares, como el *Pinus pinaster*, se han extendido desde su ubicación original en la costa hacia el interior, ocupando terrenos de bosques de hoja caduca.

El *Pinus pinaster*, o pino resinero, es el árbol más abundante en Galicia. Y al igual que el eucalipto tiene una combustibilidad alta por los aceites y compuestos volátiles que genera, según explican los bo-

El bosque autóctono ha sido desplazado por especies que arden rápido

Se pide más variedad botánica y manejar mejor los cultivos forestales

tánicos. Además, a diferencia de la vegetación autóctona de especies frondosas, pinos y eucaliptos dejan pasar mucha luz y permiten crecer bajo ellos un denso tapiz de matorral y helechos combustibles.

Los botánicos definen a pinos y eucaliptos como plantas *pirófitas* (plantas de fuego) porque el fuego forma parte de su ciclo biológico y, en competencia con otras especies, rebrotan más rápido y mejor tras un incendio, con lo que acaban adueñándose del terreno y disminuyendo la diversidad de flora del lugar.

Para el imaginario colectivo Galicia sigue siendo –o seguía siendo hasta este verano– la re-

gión verde y húmeda de las leyendas de *El Bosque animado*, tierra de robles y castaños. Pero ese paisaje es, desde hace décadas, casi una rareza. El viajero desavisado que se extasiara hace meses con sus montes arbolados posiblemente ignorara que lo que veía no era más que una sucesión de eucaliptos y pinos listos para cortar. No es extraño que la Federación Ecoloxista Galega empleara como logotipo de una campaña una señal de tráfico con un canguro inserto en ella para denunciar la pérdida del ecosistema original. También, el organismo encargado de la promoción turística de Galicia, Turgalicia, usó hace tres años la foto de un denso eucaliptal para promocionar «Galicia viva». El publicista debía ignorar que ese paisaje no era nada gallego.

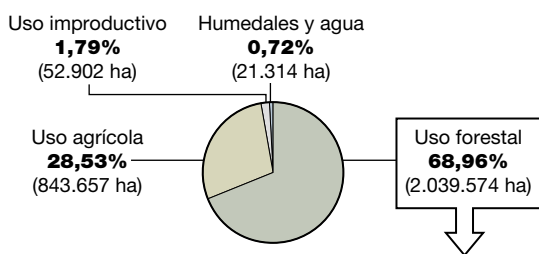
Galicia fue pionera en el siglo XIX en la entrada del eucalipto en España. Pero aquellas primeras siembras fueron casi una anécdota. El gran proceso de *australización* gallega se aceleró a partir de los años 40 y 50, cuando el Gobierno de Franco buscó nuevos rendimientos para un medio rural que se despoblaba. A las plantaciones en Extremadura, Huelva, Asturias y Galicia siguió la creación de fábricas de celulosa, pues la pasta de papel es el mejor destino para el eucalipto. La papelera de Ence se inauguró en Pontevedra en 1957 y hoy es el primer productor europeo y el segundo mundial de celulosa de eucalipto.

Un antiguo debate enfrenta a defensores y detractores del pino y del eucalipto, las especies beneficiadas de los grandes planes de reforestación del franquismo y de las políticas del Icona. Los conservacionistas lamentan su extensión en lugares ocupados por el monte mediterráneo o la vegetación atlántica autóctona. Del otro lado, los de criterio productivista lo ven como un recurso económico.

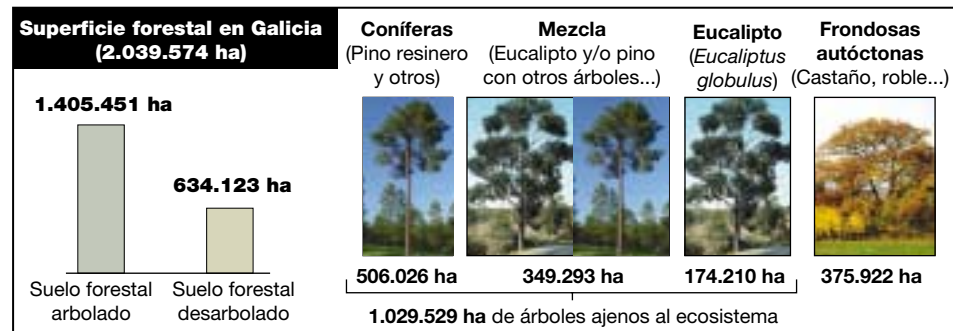
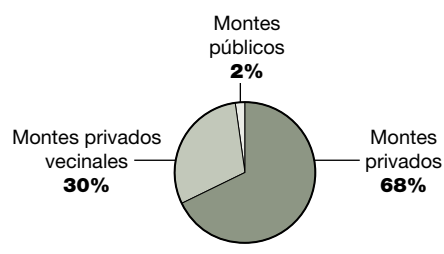
Galicia es un laboratorio de la política forestal llevada a cabo en España porque es la mayor región maderera del país. Para algunos de los consultados, la implantación de la industria del eucalipto en España respondió a un tiempo de autarquía y desarrollo propio de los 40. Hoy, esa industria se está deslocalizando, porque causa un fuerte impacto sobre el terreno y genera poco rendimiento al cultivador. Mientras, los usos *secundarios* del monte original, como las setas, los frutos, la miel, la caza o el turismo paisajístico están cobrando cada vez más valor en la rica sociedad europea. Sin tener

LOS ÁRBOLES DE GALICIA

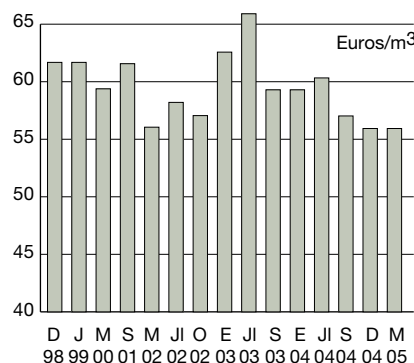
Uso del suelo



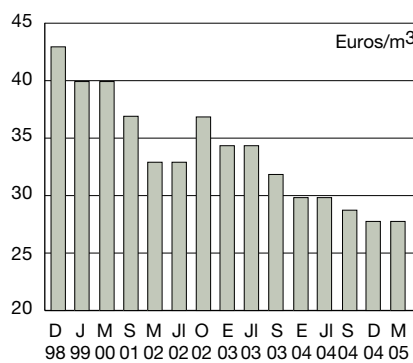
Propiedad del monte



Precios de madera de pino para sierra



Precios de madera de eucalipto para pasta de papel



FUENTE: Revista O Monte y Consellería de Medio Rural.

ESPECIES

Pinos y eucaliptos dejan pasar mucho la luz y permiten que la vegetación a ras del suelo prospere, lo que alimenta las llamas. Además, son especies ricas en compuestos volátiles-resinas y esencias- muy inflamables. La vegetación original de especies frondosas como el roble, el castaño o el abedul produce un sotobosque más despejado y más fresco. Es una barrera natural contra los incendios, dicen los expertos.

INTRODUCCIÓN

En Australia hay unas 500 especies de eucaliptos. La

que abunda en Galicia es el *Eucalyptus globulus*, que crece mejor en cotas bajas. Las primeras semillas llegaron a Tuy (Pontevedra) hacia 1860 gracias al religioso Fray Rosendo Salvado que las hizo llegar desde Australia. Hoy, en Chavín (Viveiro, Lugo) crecen ejemplares centenarios de hasta 80 metros de alto, los árboles más altos de la Península. Algunas plantaciones comerciales no son sólo de una sola especie, sino de un único clon seleccionado en los viveros por sus virtudes. Esto hace que las plantaciones sean más productivas, pero

también más vulnerables a plagas o cambios climáticos.

DIVERSIDAD VEGETAL

Según Miguel Ángel Soto, de Greenpeace, «habría que diseñar paisajes más complejos aprovechando la diversidad de flora de Galicia» porque esto hace que el monte sea más resistente al fuego. Potenciar la diversidad es esencial, y más ante el cambio climático. En las condiciones extremas que se avecinan, las «masas monoespecíficas» son menos plásticas y tendrán menos capacidad de resistir, opina el experto forestal.

en cuenta el precio de las maderas nobles, que no para de crecer mientras que la de eucalipto no deja de bajar. Sin embargo, el bosque autóctono está en regresión, hasta el punto de que serrerías tradicionales de muebles importan la madera de roble y castaño, afirman algunas fuentes.

Lo que piden muchas voces tras el holocausto de este verano es un nuevo diseño del paisaje forestal gallego que, sin excluir las funciones productivas de las plantaciones industriales, restaure los ecosistemas y mantenga en buen estado los cultivos destinados a la producción, de modo que el paisaje se haga más resistente a las llamas. Al fin y al cabo, el 98% del terreno es privado, recuerdan numerosos interlocutores, y no se puede negar la libertad de empresa e impedir a alguien sembrar lo

que quiera. Nadie lo niega: la propia Federación Ecoloxista Galega cree que «hay sitio para todo, también para el pino y el eucalipto», pero no en el «tipo de monocultivo que se da ahora», refiriéndose con ello al abandono de muchas de las masas. El pequeño tamaño de las propiedades impide hacer inversiones. Muchos propugnan que se fomente algún tipo de asociación conjunta que permita tener medios para una gestión del monte más técnica y a largo plazo.

De hecho, el grupo Ence es responsable de miles de hectáreas de eucalipto con certificación forestal, un sistema de auditoría externa que avala la sostenibilidad de las explotaciones, lo que puede demostrar que es posible mantener bosques cultivados minimizando el impacto. Pero lo que afirman otras voces es que todo el te-

ritorio no puede destinarse al cultivo forestal masivo, y menos si no tiene criterios de sostenibilidad y adecuación contra el fuego.

Los expertos creen que se deben intercalar masas de especies frondosas, como el roble, con las plantaciones exóticas y con zonas de pasto, lo que crearía cortafuegos naturales. Además, puntos estratégicos, como los de gran valor ambiental, las laderas de fuerte pendiente y las cuencas de captación de agua deben estar protegidas por bosque autóctono. Y debe ser la Administración la que fomente dos cosas: una mejor gestión de los cultivos exóticos y una recuperación de la vegetación autóctona mediante políticas que incentiven el cuidado de un tipo de árboles que, a medio plazo, son más rentables económicamente y más beneficiosos para la naturaleza.



MZ / EL MUNDO

PRIMER PLANO

¡ALTO EL FUEGO! → LAS SOLUCIONES

INMERSIÓN

OTRA VEZ MÁIS

Por Gustavo Catalán Deus

Fue una excelente consigna mientras duró. *Nunca más* se convirtió en sólo unos días en el grito de guerra de los más de 100.000 voluntarios que inundaron Galicia para limpiar los restos del *Prestige*. También fue el nombre de un movimiento espontáneo contrario a la gestión de aquella catástrofe ambiental. Sólo cinco años después ha sido superado por la cruda realidad: *otra vez más* Galicia ha sucumbido ante la barbarie.

Es una pena ver arder los árboles y aún mucho peor saber que ha habido víctimas mortales en estos incendios, que como todos los años han sido causados en un 95% por la acción –intencionada o negligente– de los que viven (o están de paso) allí.

No es una falsedad decir que hay personas –enfermos más bien– que encuentran placer al incendiar el monte. Tampoco es gratuito afirmar que algunos no lo hacen por enfermedad, sino por revancha. E incluso los hay que meten la cerilla porque les da la gana. Siempre los hubo (en Galicia más que en otras regiones) y este año se les ha visto en forma de grandes llamas su siniestra personalidad.

Vengarse en un ser vivo de las frustraciones propias es un acto criminal. Así lo considera la ley en cualquier tratado de Derecho. Los gallegos –aunque da lo mismo la procedencia– que este año han incendiado adrede el noroeste peninsular durante los trágicos 10 días que van del 4 al 14 de agosto son unos asesinos, porque han actuado con alevosía y nocturnidad. Así los denomina Amaral en su canción *El río*; ese río donde ella se bañaba de niña, pero que hoy es una inundación más.

Francamente, creo que los gallegos se han quedado por detrás de su más famoso eslogan ambiental. Un pueblo que no aprende de las sucesivas catástrofes ecológicas, que aunque parece capaz de



EFE

dar un salto adelante, mantiene en su seno las torcidas mentes de los incendiarios, debe de replantearse su presente y su futuro. Al menos no debe enganarse con consignas que no se cumplen.

Aunque está bien recordar que esa criminalidad e ignorancia abunda en todas partes. Durante años, algunos peones de las cuadrillas contra el fuego de Andalucía y Extremadura se dedicaron a sembrar fuego para asegurar la peonada del año siguiente que le era imprescindible para cobrar el paro. Eso acabó porque se reguló aquella pillería.

Para pillos, también aquellos que han arrimado el ascua a su sardina en una u otra forma. En Baleares se han incendiado muchos pinares con el fin de urbanizar. Y también en la costa del Mediterráneo. No se salva tampoco Canarias. Ni Madrid: ahí está el monte Abantos en El Escorial para ejemplo de criminalidad inducida.

Así que todos arrastramos a gente retorcida que contamina, incendia, vierte y hace daño al prójimo vengándose en los bienes comunes. Es duro reconocerlo, pero la incultura y la ignorancia siguen ganando terreno, aunque sea tierra quemada.



Una imagen de archivo de una zona rural gallega cubierta por un mosaico de prados y zonas boscosas. / CORBIS / OWEN FRANKEN

PREVENIR ES LO MEJOR

10 recetas para que los montes no ardan

Las causas de los incendios en Galicia son complejas, por eso, las soluciones, de haberlas, también deben darse en muchos frentes. NATURA ha consultado a todo tipo de interlocutores, desde los propietarios del monte y la industria de la madera hasta los servicios de extinción y los botánicos, para preguntarles «qué hay que hacer para que los incendios se conviertan en algo del pasado». Dos son las respuestas más comunes: una, que no hay recetas

mágicas, y dos, que el remedio debe venir de un debate a todos los niveles que sirva para reenfoque una política forestal que no funciona. Una cosa clara tienen todos: gastar sólo en extinción no sirve de nada. Hace falta concienciar a la sociedad sobre la importancia del monte y hay que agilizar la persecución del incendiario, que es el culpable final. Entre los consejos recibidos, hemos seleccionado este decálogo.

1 Perseguir al culpable. La causa inmediata de los incendios es que alguien les prende fuego. Hay que incrementar la persecución del culpable y acabar con la sensación de impunidad. Ello pasa por una mejora de la investigación de los incendios que deben llevar a cabo las brigadas especializadas ya existentes, que hay que reforzar. La policía debe perseguir intensamente a los incendiarios y los jueces tienen que aplicarse con diligencia.

2 Seguir extinguiendo. Hay que dejar de invertir sólo en extinción y gastar mucho más en prevención. Pero ha de hacerse sin detraer dinero de la extinción, porque en la situación actual el monte es muy vulnerable. Se debe realizar un gasto extra en cuidar el monte hasta que la factura en bomberos no tenga que ser tan elevada.

3 Profesionalizar los retenes. Los retenes antiincendios no pueden ser contratados temporalmente. Deben cobrar por realizar tareas en el monte todo el año. Ello incluye los trabajos de prevención, como la limpieza o la restauración de los montes. Esta medida impediría que el empleo dependa sólo del número de fuegos que haya. Igualmente, la Administración debe dotarse del mayor volumen de medios y aparatos propios, pues evitaría la tentación de hacer negocio con las llamas.

4 Restaurar con cuidado. Tras el fuego, deben ser los técnicos quienes dictaminen el tipo de restauración. Colocar simplemente pinos y eucaliptos sobre los pinos y eucaliptos quemados es abonar incendios futuros. El dinero debe invertirse en recomponer la biodiversidad y no en grandes obras y tareas con maquinaria pesada. Las empresas que ejecutan los trabajos sólo deben aplicar los planes de restauración ecológica que le dicten los técnicos, no decidir ellas mismas las medidas a tomar.

5 Ordenar el territorio. Hay que evitar el caos urbano que ha sembrado el monte de casas y dificultado intensamente las tareas de extinción. Del mismo modo, deben respetarse los márgenes de seguridad. Viviendas, aldeas y vías de comunicación deben tener zonas despejadas alrededor o sembradas con vegetación menos combustible para que actúen como cortafuegos.

6 Cuidar los cultivos forestales. La ley sólo obliga a destinar el 15% de los beneficios de los montes vecinales a trabajos de selvicultura preventiva. Ese límite debe ser mayor. Los ayuntamientos tienen transferida la potestad de obligar al propietario a limpiar su terreno. Deben aplicarla cuando sea necesario. Toda plantación arbórea ha de tener un plan de gestión sostenible y cumplir con procedimientos de selvicultura que eviten el fuego. La Administración puede ayudar al productor permitiendo que se desgrave los gastos que dedique a la prevención.

7 Apoyar a los propietarios. El 98% del terreno forestal gallego es de propiedad privada, ya sea vecinal o particular, y está repartido en cientos de miles de pequeñas heredades. La poca productividad genera falta de inversión y descuido del monte. Se debe potenciar algún tipo de asociacionismo que permita contar con mayores recursos y la capacidad de hacer una gestión planificada que genere rentas continuas.

8 Diversificar la producción. El monocultivo de especies de crecimiento rápido y bajo precio no es la solución y sí es parte del problema. Hay que diversificar la producción, no sólo de especies autóctonas de madera de calidad, sino del tipo de rentas que el monte puede producir, como carne de alta calidad, frutos o setas. La Administración debe incentivar esta transformación.

9 Reconstruir el paisaje. El mosaico de prados, cultivos y zonas con distintos tipos de monte es el mejor freno contra los grandes incendios imparable. Hay que ordenar las áreas forestales de ese modo, entendiendo que es una medida antiincendios imprescindible.

10 Recuperar la vegetación de Galicia. El bosque atlántico original debe ocupar, al menos, las zonas más sensibles, como laderas empinadas, terrenos erosionables, cuencas importantes de captación de agua y entornos que aún conserven un potencial biológico que la sociedad no puede permitirse desperdiciar. En general, debe recuperarse todo lo posible el bosque autóctono que, a largo plazo, una vez crecido, es una fuente de riqueza ecológica y económica y un seguro ante el cambio climático.